

Martin Michael Driessen

Ríos

Traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal

Primera edición, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 Martin Michael Driessen

© de la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Annie Spratt / Unsplash

Fotografía del autor: © Bob Bronshoff

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-02-3

Depósito legal: B. 24.277-2019

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La editorial agradece la ayuda recibida por parte de la Dutch Foundation for Literature

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

*Para Koen van Gulik, editor de Wereldbibliotheek,
a quien debo mi oficio de escritor*

Fleuve sauvage

*Alles führt zu nichts**

* Título en francés: «Río salvaje». Epígrafe en alemán: «Todo queda en nada». Cita de Heinrich von Kleist. (*N. de la T.*)

I

«Si quieres beber, hazlo donde no molestes a nadie», le había dicho su mujer.

«Si quieres beber, hazlo ahora», le había dicho su agente. «Tus ensayos de Banquo no empiezan hasta septiembre.»

«Sí, claro que puedo dejarte mi canoa y la tienda», le había dicho su hijo. «Pero no pienso acompañarte al río. ¿Pretendes salir de excursión para matarte a beber?»

Durante los últimos días había llovido sin cesar y el nivel del agua en Sainte-Menehould era inusualmente elevado para el mes de julio. En la cena en *Le Cheval Rouge* bebió vino; en la cama del hotel, whisky de la botella que había empezado durante su viaje en coche desde Bruselas. Así que haría la excursión en canoa solo. Sabía que cuando bebía se volvía agresivo y comprendía que la gente evitara estar con él. Esto último lo había asumi-

do ya con la resignación de un leproso. Lo que a él le refrenaba, pensó mientras volvía a servirse whisky en el vasito de plástico del cuarto de baño, era su enorme fuerza de voluntad. Si pactaba consigo mismo no volver a tomar jamás una gota de alcohol, seguro que lo respetaba. De lo contrario, perdería su autoestima y eso sería su ruina. No sería capaz de volver a mirarse al espejo si rompía una promesa como esa. Por eso debía pensárselo bien antes de comprometerse, porque esa decisión determinaría el resto de su vida.

«Es usted alcohólico —le había comunicado el médico—. En su caso, beber con moderación no serviría de nada. Debe cortar de raíz este hábito.»

En el río me dedicaré a reflexionar sobre esto, se dijo. La botella que llevo en la mochila tal vez sea la última que me beba. Supongamos que me decido a dejar la bebida. Mi matrimonio salvado. El respeto del hijo por el padre recuperado. Mi carrera en el Teatro Nacional estabilizada. Durante diez años pareceré diez años más joven, y quizá aún me surja la oportunidad de interpretar a Hamlet. La botella de la mesilla de noche estaba casi vacía; pero la de su mochila se la guardaba para la excursión por el río. Y con una pastilla y media para dormir sería suficiente.

¿De verdad quieres dejar de beber?, se preguntó mientras encendía un cigarrillo. No es la felicidad, pero seguro que se le parece mucho. Más que todo lo que conoces.

El embarcadero estaba inundado y apenas había espacio para navegar debajo del primer puente. Se dio un impul-

so. En esa mañana de domingo, el pueblo de Sainte-Menehould estaba tan somnoliento como él. No se veía a nadie. Condujo la canoa hacia el centro del río y se agachó al pasar por debajo del arco central del puente. Al llegar al otro extremo se adentró en la luz y se incorporó; en una casa de la orilla izquierda se abrieron unos postigos oxidados. Asomaron tres niñas morenas de cabello crespo que le saludaron animadas, agitando la mano. Él les devolvió el saludo.

La canoa se gobernaba bien, solo que la punta se alzaba demasiado a pesar de que el equipaje iba delante. Era una canadiense alargada, de aluminio, en realidad demasiado grande para una persona. Se la había regalado a su hijo en su decimosexto cumpleaños. Aquel verano habían recorrido juntos el Loira, al menos una gran parte, pasando por delante de Chambord y otros castillos famosos. Aquello había sido después de los primeros y prometedores ensayos de *Don Carlos*. Más adelante perdió su papel tras darle una bofetada a la asistente de dirección. Algo de lo que, aún hoy, no se arrepentía. Quien carece de respeto no entiende nada de teatro.

El río discurría ahora entre arbustos y árboles inclinados sobre el agua y así continuaría decenas de kilómetros más, al menos según indicaba la guía de canoa, un ejemplar de antes de la guerra, que había consultado la noche anterior. «El Aisne —leyó— es un río apacible que serpentea por el ameno paisaje del norte de Francia formando numerosos meandros. Excepto por algunas obstrucciones ocasionales causadas por árboles, no cabe esperar ningún problema particular hasta la gran presa de Autry.» Tanto mejor, pensó, problemas particulares ya tengo yo suficientes a bordo.

Reinaba el silencio. Los árboles, con sus bolas de muérdago, destacaban contra el gris perla del cielo matinal. Las ratas almizcleras chapoteaban en el agua y se sumergían cuando eran sorprendidas por la aparición de la canoa. Las golondrinas se arrojaban por los agujeros de sus nidos buscando un refugio seguro en las altas y desmoronadas orillas de barro de las curvas externas del río. La *France profonde*, qué más quieres, pensó mientras mantenía el curso con tranquilos golpes de pala.

Después del café de aquella mañana le era imposible imaginar que en algún momento pudiera volver a sentir la necesidad de beber alcohol. Ni siquiera era capaz de recordar por qué lo había necesitado alguna vez. Remó en torno a islas flotantes de hojas de lirio acuático; unas veces decidía bordear los bancos de guijarros por la izquierda y otras por la derecha, aunque de hecho era la corriente la que hacía todo el trabajo. A lo lejos vio alzarse la aguja de la torre de una iglesia, pero no sintió curiosidad alguna por saber el nombre del pueblo. El calor empezaba a apretar y se quitó el jersey. Seguiría navegando un par de kilómetros más y luego descansaría un poco. No sacaría el whisky de la mochila.

El lugar donde atracó al caer la tarde fue una elección desafortunada: se hundió hasta las pantorrillas en el barro y tuvo que tirar de la canoa con un cabo y arrastrarla por el lodo y las boñigas de vaca. De pronto se sintió cansado y sediento. La botella tenía un tapón de rosca. El vino estaba tibio. Se tumbó en la hierba. Oyó el rumor del tráfico y, al darse la vuelta, vio coches circulando por una carretera al pie de la cadena de colinas. Verdaderamente se había equivocado de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que había remado durante

horas por un paisaje prácticamente virgen. Pero tenía sed y volvió a llevarse la botella a la boca. Un merlot de esos de supermercado; no contendría más que un dos por ciento de alcohol.

«No rey, pero padre de reyes», murmuró cuando regresó a la canoa media hora después. El barro le succionó hasta tal punto que las sandalias se le quedaron pegadas y tuvo que agacharse para quitárselas. Banquo no era un papel importante. Lo interpretaría estupendamente, incluso si el joven director polaco resultaba ser un idiota. Entendía que no se hubieran atrevido a darle el papel de Macbeth. Aunque habría sido el papel de su vida. Se limpió las sandalias, subió a la canoa y se apartó de la orilla. Sentía alivio ahora que la corriente se lo llevaba de nuevo, doblando la siguiente curva, hacia la sombra de otro bosque. Al poco rato dejó de oír el rumor del tráfico. El angosto Aisne fluía con regularidad y elegancia serpenteando bajo ramas colgantes que de cuando en cuando apartaba con el remo, como en los combates a espada sobre el escenario. Un pequeño martín pescador volaba de arbusto en arbusto. Conforme avanzaba la tarde le fue entrando sueño y se bebió el resto del merlot para mantenerse despierto. Sentía que se le daba bien remar; algunas cosas no se olvidan nunca, pensó, como nadar, montar a caballo o hacer el amor. Aunque hacía años que no practicaba ninguna de esas tres cosas. No mantenía la canoa en el centro del río, sino que la dirigía por el exterior de las curvas, donde la corriente suele ser más rápida. Eran tantos los recodos que formaba el río que unas veces veía el sol a su izquierda y otras a su derecha.

Un árbol caído le obstruyó el paso. Intentó remar

hacia atrás, pero ya estaba demasiado cerca. La orilla derecha, desde donde había caído el árbol arrancado, no era una opción, porque el tronco estaba demasiado próximo a la superficie del agua como para poder pasar por debajo. Su copa aplastada reposaba en la orilla opuesta. Con todo, esta última posibilidad le pareció la mejor. «¡Que la gran mano de Dios me ayude!», exclamó, y se lanzó a la máxima velocidad posible contra la gran masa de ramas y hojas, donde se quedó enganchado, mientras la canoa empezaba a dar bandazos atravesada en mitad de la corriente, que le pareció inesperadamente fuerte ahora que se había quedado atrapado de cintura para arriba entre las ramas; se inclinó, la canoa se ladeó y el agua fue entrando en la embarcación por el costado de babor. Arrojó la pala, se aferró a unas ramas y ramitas y se impulsó con todas sus fuerzas hacia el interior del follaje. «¡Negádmelo y una eterna maldición caiga sobre vosotras!», gritó, aunque este no era un verso de Banquo, sino de Macbeth. Las ramas le arañaron la cara, se le rasgó el anorak y la parte frontal de la canoa desapareció de su vista; aun así, volvía a tener la situación bajo control. La punta de la embarcación señalaba de nuevo hacia el frente. Se inclinó y cogió una rama grande para impulsarse río abajo, pero no había manera de poner la canoa en movimiento. Incorporándose un poco, empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás, hasta que la embarcación rechinó y se deslizó lentamente hacia delante. Cuando sintió que ya casi lo había logrado, volvió a sentarse. Hizo un par de movimientos más y la canoa se desprendió del follaje y se adentró en la luz del sol. Vio que tenía sangre en la mano y se la limpió en la cara. Una cicatriz no le quedaría nada

mal a Banquo. Cogió el remo y recuperó el rumbo. El entarimado y la lona bajo los que guardaba su equipaje estaban cubiertos de hojas y ramitas arrancadas. El bosque había quedado atrás, el Aisne serpenteaba ahora por un paisaje de campo abierto. Una escolta de eufóricas terneras lo seguía galopando por la alta orilla. Una alondra invisible cantaba contenta. El mundo a este lado de la barricada se le antojaba mucho más bello y rico que el del otro lado.

Hostia, pensó. Hostia, esto mi hijo no hubiera sido capaz de hacerlo.

3

Al cabo de más o menos una hora le entraron ganas de tomarse un trago de vino, pero una de las botellas estaba vacía y la otra la tenía en la parte delantera de la canoa. No encontraba un lugar adecuado para atracar, así que dejó el remo y gateó hacia la proa. La canoa se balanceó y fue avanzando lateralmente impulsada por la lánguida corriente, pero no le resultó difícil alcanzar la punta de la embarcación.

Cuando el día llegó a su fin, no tenía ni idea de cuántos kilómetros había recorrido. En línea recta quizá no estaba a más de diez kilómetros de Sainte-Menehould, aunque eso daba igual. Empezó a explorar las márgenes del río en busca de un lugar adecuado para acampar: un prado en una orilla baja, sin ninguna construcción a la vista. Cuando al fin encontró lo que buscaba, estaba oscureciendo. Apoyó la botella de merlot contra la neverita —había perdido el tapón de rosca— y plantó la

tienda. Aparecieron las estrellas. Aquella grande sobre los sauces, al otro lado del río, debía de ser Venus; ¿a qué distancia máxima del sol estaría? Cuarenta y ocho grados, creyó recordar. Las sombras de la noche se le acercaban a toda velocidad desde el este. Francia estaba más silenciosa que nunca. Todavía hacía calor y colgó sus toallas, pantalón y calcetines húmedos sobre las ramas del enorme sauce debajo del cual había amarrado la canoa. Se veían cada vez más estrellas. Las criaturas de la noche reivindican sus derechos, pensó. «Pediré prestadas a la noche una o dos horas.» Se preguntó qué traducción de la obra elegiría el laureado director polaco. Como fuera la de Claus o la de Komrij, él renunciaría a su papel. Quería la de Burgersdijk. Se sabía el papel de Banquo de memoria, al menos en su idioma original.

Estaba sentado encima de la neverita. El paté y la ensalada que había comprado en Sainte-Menehould seguro que ya se habrían calentado en exceso. No tenía hambre. La puerta abierta de la tienda invitaba a entrar, el saco de dormir estaba listo, la linterna y los cigarrillos al lado. Estaba cansado y ya no tenía nada más que hacer. Bebió y se puso a pensar. La noche había alcanzado su máxima oscuridad para esa época del año. Unas golondrinas —no, serían murciélagos— surcaban el cielo oscuro. Aún quedaba bastante merlot, pero empezó a hartarse de su sabor insípido. Como el tapón de rosca había desaparecido, decidió arrojar la botella al río. Al fin y al cabo, la arbitrariedad era el aspecto más bello del libre albedrío. Es lo que nos distingue de los animales, pensó. Sencillamente le apetecía lanzar la botella al río. Se puso en pie y la tiró, pero no la oyó caer al agua. Tal vez no la he lanzado lo suficientemente lejos, maldita sea, se

dijo, y bajó por la orilla para ver dónde había ido a parar la botella, y también porque necesitaba orinar. «La libertad es poder tirar mis latas de cerveza en mitad del bosque», le había dicho en cierta ocasión Hermann Schiedler, un colega austriaco que estaba loco de remate. Después de orinar, sin haber encontrado la botella, remontó de nuevo la ribera y sacó de su bolsa de viaje el Famous Grouse. El fuerte sabor del whisky le quemó la boca, sintió como si se purificara, como si *du moment* volviera a recuperar su verdadera identidad. Tomó un trago y la irrefragable pureza y fuerza de la bebida le causaron una profunda satisfacción. Quien no conozca esto, pensó, no sabe lo que se pierde.

Aquel incidente con la asistente de dirección había sucedido en Graz, durante los ensayos de *Don Carlos* con Scheidleder. Él hacía de Posa, porque al director —no recordaba quién era, sería algún viejo caballo de circo— se le había ocurrido que el marqués debía hablar alemán con acento flamenco. Aquel había sido su único papel como actor invitado en el extranjero. Scheidleder interpretaba un Carlos loco y extravagante y todo el mundo lo veneraba en los ensayos. Él, en cambio, apenas había merecido la atención de nadie, y menos un reconocimiento. En la cantina había buscado el apoyo moral de la asistente de dirección —quien, por si fuera poco, había estudiado dramaturgia—, sugiriéndole que la forma en que él había pronunciado aquella mañana durante el ensayo las palabras «Concede la libertad de conciencia a tus reinos, Señor» había sido en verdad bastante única. La mujer partió su *knödel* en cuatro partes y le contestó complaciente: «Ah, sí, comparado con eso la perfección es insignificante».

Fue entonces cuando él le propinó la bofetada. No le supo mal que la mujer acabara en el hospital, pero sí se arrepintió de haber caído en la provocación.

Sostuvo la botella Famous Grouse en alto contra la luna. Aún estaba llena hasta justo por encima de la etiqueta.

¿Por qué no me quedo aquí hasta que sepa qué hacer con mi vida?, pensó. Ya dormiré luego. No puedo seguir así. Debo tomar decisiones.

Las constelaciones que había visto antes en el firmamento habían descendido hasta la oscura hilera de árboles del otro lado, como atletas que acabaran de ejecutar su salto. En unas tres horas despuntaría el día. Empezaba a refrescar. Sacó su saco de dormir de la tienda, abrió la cremallera, se lo echó sobre los hombros y se sentó encima de la neverita.

Si sigo haciendo lo que hago, sé cómo continuará la cosa y cómo acabará.

«Si no deja ya la bebida —le había dicho el médico—, será demasiado tarde. Le falta poco para una cirrosis hepática. Es ahora o nunca.»

«Lo único bueno de una cirrosis hepática —le había dicho él a su preocupado agente—, es que no necesito hablar de ello contigo.»

Si a partir de ahora dejo la bebida para siempre, todo será diferente. Pero ¿realmente quiero hacerlo? ¿Quiero que todo sea diferente? Su mujer también había acabado en el hospital alguna vez, aunque Minou jamás lo había denunciado.

Pongamos que decido dejar la bebida para siempre en este mismo momento. Digamos que cuando se acabe esta botella de Famous Grouse. Eso significaría que el primer

día de mi excursión habría tomado una decisión para la que aún dispongo de cuatro días. Justo el tiempo que necesito para llegar a Vouziers. Además, estoy bebiendo, así que cómo voy a saber si esta decisión la tomo en plena posesión de mis facultades mentales. Es como tirar piedras contra mi propio tejado. Por Dios, qué metáfora tan absurda. En cualquier caso, aún tengo tiempo de pensármelo.

Así y todo, no podía seguir negando lo que en el fondo de su corazón sabía muy bien: que era ahora o nunca. Esa noche era la primera que pasaba al raso desde hacía años. Con vistas a la canoa que había comprado para su hijo y con la que habían remado juntos por el Loira en días más felices. Es ahora o nunca, pensó. Ahora o nunca. Maldita sea, ¿por qué la virtud no se deja posponer? Si en este momento me incorporo y lanzo esta botella casi llena al Aisne, perderé mucho. Y además para siempre, porque entonces no habrá vuelta atrás, eso me lo debo a mí mismo. Tendré que empezar de nuevo y regresar adonde estaba cuando tenía dieciocho años. Como si no hubiese vivido. Como si todo hasta ahora hubiese carecido de valor.

Se puso en pie. Lo voy a hacer, pensó, y se estremeció. La batalla contra el ángel es la batalla contra uno mismo. Y uno de nosotros pierde. Pero lo voy a hacer y no habrá vuelta atrás. Ni siquiera me voy a tomar un último trago. Se encaminó hacia el punto más elevado de la orilla, se puso en posición de firmes y lanzó la botella de whisky al centro del río. Esta vez se oyó un sonoro ruido cuando la botella cayó al agua. Un ave nocturna levantó el vuelo chillando, y él se sintió como el caballero que arroja la espada Excalibur al agua.

Para mayor seguridad, remolcó la canoa hacia un punto más elevado de la orilla, porque el río parecía haber crecido. Cogió el saco de dormir y, arrastrándolo, entró en la tienda y cerró la cremallera de la puerta.

4

Al día siguiente calentó el Nescafé en el hornillo de gas y se afeitó frente al pequeño espejo que había colgado de una rama con un trozo de alambre. Tenía unas ojeras profundas y, como no disponía de un secador de mano, el pelo revuelto como unas hojas de palmera después de un tornado. Así que este es el aspecto de un hombre que ha dejado la bebida, pensó. Cuando eras joven, creías que tu mejor careto lo tendrías a partir de los cuarenta, pero has cumplido casi sesenta años y no has progresado gran cosa. «¡Malditos actores!», solía exclamar el viejo director en Graz. Se le citaba con frecuencia en la cantina del teatro: «Primero se hartan de beber hasta que consiguen identificarse con el personaje y luego son incapaces de recordar el texto».

Debía de haber caído un fuerte aguacero río arriba, porque el nivel del río no dejaba de aumentar.

El Aisne continuaba serpenteando por el paisaje abierto. Según la guía, ya no había más orillas arboladas hasta poco antes de la presa de Autry.

El alto nivel del agua facilitaba el remo. Sorteaba los árboles que obstaculizaban el paso por la izquierda o por la derecha. Los prados que se extendían bajo el nivel del mar se habían transformado en lagos. Al aproximarse a él, un cisne alzó el vuelo y se puso a batir las alas a